

Los viajes del Papa a África y Albania

Pablo Pérez

África Febrero de 1993

El décimo viaje apostólico ha tenido como meta Benín que, libre del marxismo, inicia un camino pacífico hacia la democracia; Uganda azotada por el SIDA; Sudán presa de una encarnizada persecución islámica. El objetivo ha sido único: ayudar a que Africa pueda nacer por segunda vez a la libertad tendiendo puentes de respeto y derribando los muros de rivalidad étnica (cf. discurso al cuerpo diplomático en Kampala; 9 feb. 93).

En Benín, Uganda y Sudán multitudes innumerables de pobres salieron de los estrechos márgenes de una vida que es más bien sobrevivencia, y con rumor de fiesta saludaron al «Papa Africano», a la «Voz de Africa».

Benin

Benín, el antiguo Dahomey, se liberó del marxismo hace dos años. La transición no ha sido violenta gracias a la mediación de Mons. Isidore de Souza, Arzobispo de Cotonou. El Santo Padre comentó: «su sabiduría, serenidad, sentido pastoral y clarividencia, en horas difíciles, han contado mucho en favor del buen entendimiento que reina hoy ente vosotros» (5 feb).

En esta segunda visita pastoral a Benín, el Papa invitó a reforzar las instituciones, desarrollar la economía, consolidar el sistema escolar y la red sanitaria, y promover la solidaridad entre todos los habitantes.

En dos intensos días, el Santo Padre ordenó once sacerdotes de la diócesis de Cotonou, se entrevistó con el Presidente de la República, habló con los representantes de las religiones tradicionales y con los jefes religiosos musulmanes. En los países africanos como Benín, en el camino de reconciliación y reconstrucción nacional, juega un papel clave el diálogo y la colaboración interreligiosa. Para obtener resultados positivos es preciso que los padres de familia enseñen a sus hijos a practicar el respeto de la libertad de conciencia y de culto, condición esencial para la vida común de la nación (4 feb).

Benín, otrora tristemente célebre por el comercio de esclavos, hoy respira el aire fresco de la esperanza. Ofrece un ejemplo de esperanza para otras naciones de África, como el vecino Togo que aún padece el terror de la violencia.

Uganda

El escenario del martirio de Carlos Lwanga y sus compañeros se llama hoy día Namugongo. En el verano de 1969, Pablo VI llegó a este sitio; fue el primer Papa que visitó África; cinco años antes, en San Pedro él había canonizado a los veintidós mártires de Uganda. En continuidad con ese afecto espiritual, Juan Pablo II realizó su visita pastoral a Uganda del 5 al 10 de febrero.

El Santo Padre quiso poner de relieve el aprecio por Uganda elevando a Basílica Menor el santuario donde reposan las cenizas de los primeros mártires ugandeses: «en este lugar donde la luz de Cristo ha brillado con particular esplendor en vuestro país» (7 feb. 92). El Papa al concluir su visita al santuario anglicano resumió el testimonio heroico de católicos y anglicanos inmolados en el fuego, comentando: «era el fuego del Espíritu Santo: fueron consumados en el corazón y en la unidad de Jesucristo. Es mi deseo que este fuego del Espíritu Santo nos reúna en la misma Iglesia» (7 feb). Un gesto elocuente de ecumenismo fue que los veintidós obispos anglicanos acudieran a saludar a Juan Pablo II. En Soroti (9 feb.) el tema de «Cristo es

la luz», *leitmotiv* del décimo viaje, volvió a tomar como ejemplo de vida a los mártires y en particular a Mulumba Matthias Kalemba, perenne invitación para una comunidad cristiana que siendo adulta en la fe debe escuchar «los gritos de cuantos en este país y a través de toda África imploran ser liberados de tantas formas de esclavitud».

El mensaje que el Santo Padre desplegó en esta espléndida y amarga tierra de mártires lo podemos condensar en torno a los siguientes puntos: 1. El hambre no es sólo consecuencia de condiciones climáticas; 2. La epidemia del SIDA corre a la par de una crisis de valores espirituales; 3. Es un deber de los pueblos desarrollados ayudar a África sin exigir compensaciones.

1) El hambre no es sólo consecuencia de condiciones climáticas

Un punto básico para que África pueda caminar hacia su segunda liberación es el respeto a la vida de las personas. Es muy raro que el hambre sea consecuencia de las solas condiciones climáticas, más bien es fruto de conflictos sociales. Por ejemplo, Uganda ha ido de mal en peor a causa de factores políticos, económicos y sociales, como los quince años de guerra civil, el desplome de la economía, la deuda exterior, la epidemia del SIDA y las deportaciones forzadas.

El Santo Padre afirmó (6 feb.) que el mundo desarrollado tiene una deuda que pagar a África que ha padecido el tráfico de esclavos, los efectos negativos del colonialismo, las trágicas experiencias de las guerras civiles y de las ideologías de muerte que ocuparon el poder o lo ocupan aún hoy día. En Uganda, como en el resto de África, el momento es crítico; una medida indispensable es permitir la libre distribución de las ayudas humanitarias de modo que lleguen a cuantos sufren, sin discriminación alguna.

2) La epidemia de SIDA corre a la par de una crisis de valores espirituales.

Un momento fuerte de la visita apostólica fue el encuentro con los jóvenes en el estadio de Kampala (6 feb.). En nombre de la juventud de Uganda, saludó al Papa, Verónica Nakalanzi, una jovencita de trece años que

contrajo el SIDA tras ser violada hace dos años. El Santo Padre en sus palabras recordó el heroísmo de los jóvenes mártires de Uganda que prefirieron morir antes que profanar sus cuerpos, exhortó a las nuevas generaciones a «convertirse en protagonistas de una revolución espiritual con la pureza del cuerpo y del corazón».

Mencionó cómo los jóvenes rechazan la hipocresía y explicó que «los actos sexuales son como palabras que revelan nuestros corazones». El ejercicio de la sexualidad fuera del matrimonio es un acto falso, porque se expresa la donación para siempre sin que exista tal intención; es en resumidas cuentas un acto innoble, una hipocresía. En relación al SIDA, afirmó que el «vínculo sexual de la castidad es el único modo seguro y virtuoso para poner fin a la plaga del SIDA».

El domingo 7 de febrero, el Papa visitó el «Nsambya Hospital» fundado hace casi noventa años. Es el hospital católico más grande de Kampala, ahí han sido atendidos más de cuatrocientos mil pacientes. El Santo Padre dispensó especial atención a los enfermos de SIDA y subrayó que en algunas sociedades, a la par con esta epidemia, se ha difundido una crisis de valores, haciendo que muchas personas crezcan mutiladas en el espíritu, y permanezcan indiferentes ante la virtud. A renglón seguido pidió a cuantos buscan una solución científica contra el SIDA que no tarden y sobre todo que «no permitan que consideraciones comerciales les distraigan de sus generosos esfuerzos».

También en el norte de Uganda la Iglesia católica realiza una intensa labor en favor de los enfermos. En esta obra destaca «Saint Mary's Hospital». En cinco hospitales del Nilo Occidental, en 1992, se atendieron a 31,724 personas y se asistieron 5,755 partos. Uno de los males que más consecuencias acarrea es el SIDA; en la actualidad Uganda cuenta un millón y medio de niños huérfanos que han perdido a sus padres a causa de esta enfermedad. En el país el total de sieropositivos alcanza casi los dos millones de personas.

3) Es un deber de los pueblos desarrollados ayudar a África sin pedir compensaciones.

En tercer lugar, condición indispensable para que las ayudas internacionales no se conviertan en una nueva forma de esclavitud, es que el

principio rector de proyectos nacionales e internacionales se funden en los valores trascendentes. Son estos valores los que permiten que los derechos del hombre no sean palabras huecas. La piedra angular de todos los derechos del hombre es la libertad religiosa. Sólo edificando sobre la roca de los valores absolutos se construirá una verdadera unidad; de lo contrario constataremos una vez más, que «la falsa unidad conduce a nuevas tragedias» (al Cuerpo Diplomático 8 feb). Con estas bases, la nueva África logrará que entre las naciones y los grupos étnicos se tiendan puentes de respeto y no muros de terror. África pasó de la independencia a inútiles guerras alimentadas por el marxismo; ahora se abre la posibilidad de buscar la libertad en una sociedad democrática. Ante la precaria situación de los pueblos africanos no se puede pretender que la deuda externa se pague con insostenibles sacrificios (al cuerpo Diplomático, 8 feb). La solidaridad con África deberá tender a que sean los mismos africanos quienes encuentren las verdaderas soluciones. Nadie puede suplir al continente en las construcción de su futuro.

Sudán

La etapa final del décimo viaje a África, fue Sudán. Nueve horas que, a juicio de muchos observadores, han representado una de las citas más difíciles. Se trató de la primera visita a un país donde el integralismo islámico toma como ley cívica el Corán; bajo diversos aspectos el viaje a Jartún recordó las peregrinaciones a los países oprimidos por el comunismo.

Sudán es el más vasto de los países africanos, cuenta con dos millones y medio de kms², colinda con Egipto, Libia, Chad, la República Centroafricana, Zaire, Uganda, Kenia, Etiopía y sólo una franja del Mar Rojo lo separa de Arabia Saudita. Por la superficie, la variedad étnica y religiosa, y la situación crítica en que viven miles de hombres y mujeres, Sudán es un caso emblemático de África. Durante siglos, en Sudán han convivido tradiciones religiosas africanas, el cristianismo y el Islam, pero ahora el integralismo islámico está imponiendo el árabe como lengua única para aplicar el Corán como ley nacional cosechando terribles sufrimientos. El rostro doliente de los cristianos de Sudán se refleja en la Madre Bakitha, la esclava que Juan Pablo II beatificó el 17 de mayo de 1992 en la plaza de San Pedro.

El motivo central de la visita a Sudán ha sido el mensaje de reconciliación y de paz para todos los sudaneses, sin distinción de raza o credo. El Santo Padre ha querido dar voz a los cristianos del sur de Sudán que padecen una feroz persecución (8 feb. 93). Entre los puntos más notables del encuentro del Papa con el Jefe de Estado, en «Friendship Hall», cabe mencionar: primero, que es apremiante detener la violencia antes de que sea incontrolable; segundo, el respeto de los derechos humanos exige el respeto de las minorías, sin pretender que asuman la lengua, la religión o las costumbres de la mayor parte del país; se trata de un derecho que tiene su origen en Dios creador que exige que ningún grupo humano se sienta superior a los demás.

Sínodo africano

En el transcurso de la reunión de la Secretaría General del sínodo de obispos para la asamblea especial, el Santo Padre anunció que el sínodo sobre África se iniciará el 10 de abril de 1994, domingo «in Albis», en Roma, y lo clausurará el Papa en África. El «Instrumentum laboris» consta de dos partes: «la evangelización»; y «las tareas de la evangelización». La segunda parte es propiamente el cuerpo del documento y aborda en cinco capítulos los siguiente temas: la proclamación de la buena noticia de la salvación; inculturación; diálogo; Justicia y paz; Medios de comunicación social. El futuro inmediato de la Iglesia y del continente quedarán marcados por este sínodo especial.

Conclusión

El Santo Padre durante su décimo viaje a África ha elevado su voz en favor de los débiles, de los pobres y de los indefensos. Ha abierto puertas de esperanza para los pueblos abatidos. Ha tocado a las conciencias de las naciones desarrolladas para que cumplan su deber moral de salvar las vidas de miles de hombres sin exigir ninguna compensación económica.

Como lo proclamó el Papa en Entebbe (5 feb.): «es vital para la causa de la paz y de la justicia en el mundo que se reconozca el puesto que le corresponde a África.»

Albania

25 de abril de 1993

«Te saludo a ti, Mons. Frano Ilia, arzobispo de Escútaris, que precisamente hoy celebras el XXV aniversario de tu condena a muerte, luego conmutada a trabajos forzados que cumpliste durante veinte años. Saludo a tu auxiliar, Mons. Zef Simoni, también condenado un año antes que tú, el 25 de abril de 1967, a quince años de cárcel»... el Papa levantando los ojos, interrumpió la lectura y con voz profunda exclamó: ¡Dios es grande!

Las palabras antes citadas, provienen de la homilía de Juan Pablo II en la catedral de Escútaris. Ellas nos permiten atisbar el martirio que ha sufrido la Iglesia católica en Albania en los últimos cuarenta años de su historia. De forma inaudita el Estado pretendió liquidar toda expresión religiosa en nombre de un ateísmo radical.

La fe llegó a Albania por la predicación de San Pablo (Rom 15,19) y de sus discípulos. El primer obispo de la ciudad de Escútaris se remonta al año 387 y en el año 412 se habla de ella como sede metropolitana de la provincia Praevalitana. A lo largo de siete siglos, desde tiempos de san Francisco sus hijos espirituales han acompañado a los albaneses en la evangelización y promoción de obras sociales y culturales. A esta meritoria labor también se sumaron los jesuitas.

A la mitad de nuestro siglo el gobierno comunista arrasó Escútaris para modernizarla; la misma catedral fue convertida en «palacio de los deportes». La furia del Estado ateo dirigido por Hoxha suprimió toda manifestación de la fe: en 1967 demolió el santuario dedicado a la Virgen del Buen Consejo, Patrona de Albania desde 1895, y no dejó piedra sobre piedra del santuario de san Antonio. Hasta hacerse la señal de la cruz era delito. De los 89 franciscanos que había en 1953, sobrevivieron al comunismo diez en Albania y siete en el exilio. El arzobispo primado de Albania, Mons. Vincent Grendushi fue martirizado el 19 de marzo de 1949, su sucesor recibió la ordenación de manos de Juan Pablo II el 25 de abril de 1993. Uno a uno cayeron los obispos, unos ajusticiados otros exhaustos por el peso de los trabajos. El último obispo, Mons. Ernest Coba, murió en la cárcel. De los numerosos sacerdotes mártires, se puede mencionar al párroco de 51 años, P. Luis Prendushi, que después de sufrir las torturas fue fusilado delante de

la población, incluidos los niños, y pudieron escuchar sus últimas palabras: ¡Viva Cristo Rey! El P. Mikel Gjergji fue el último sacerdote fusilado por el crimen de oficiar la Santa Misa (1973). El último sacerdote que murió en la cárcel, agotado por los trabajos forzados, fue el P. Pjeter Gruda (12 de enero de 1990).

En medio de este régimen de terror, no se rompió el hilo de oro de la fe (cf. Juan Pablo II al embajador de Albania). Las peregrinaciones continuaron, el pueblo rezaba entre los escombros del santuario de san Antonio. Los habitantes de las colinas de Bilaj sepultaron la campana de su iglesia y la rescataron intacta para anunciar con su repiques la fidelidad al Papa; la policía secreta jamás pudo descubrir el lugar en que guardan este tesoro. El anciano P. Robert Ashta, O.F.M. ha ejercido su ministerio trabajando en la construcción de la central hidroeléctrica de Vau y ahora es uno de los obispos consagrados por el Papa. El cáliz que regaló San Pío X a Albania fue enterrado y la Madre Teresa de Calcuta, en su primera visita a su Albania natal lo puso a salvo llevándolo a Roma. Juan Pablo II usó este cáliz de la misa de ordenación de los primeros cuatro obispos de la resurrección de Albania; en esta ocasión concelebraron 30 sacerdotes que sobrevivieron a los campos de concentración.

Albania es el único país europeo con población en su mayoría musulmana, pero como lo reconoció el Presidente, el pueblo mira al Papa como a un gran amigo. Un amigo que ya el 5 de abril del 1980, durante su visita a Puglia (Italia), dirigiendo su mirada a la otra orilla del Adriático denunció el calvario de Albania y elevó una plegaria que Dios ha escuchado.

El evangelio del domingo 25 de abril, con la narración lucana de los discípulos de Emaús iluminó la jornada del Papa en Albania. «La Eucaristía vuelve a vuestra tierra. Vuelve la Iglesia, saliendo de las catacumbas, como en los tiempos del antiguo imperio romano, y llena de gozo por la libertad reconquistada, anuncia: *el Señor ha resucitado*. Estas palabras de Juan Pablo II en la Catedral de Escútaris, representan la síntesis del viaje apostólico en Albania. La síntesis humana y divina de un evento que pertenece a la historia de la Iglesia y de la humanidad. En verdad la Iglesia retorna a Albania y vuelve con Pedro. El Santo Padre que siguió con trepidación la agonía de la Iglesia albanesa participa ahora en la nueva «plantatio Ecclesiae».

El viaje apostólico a Albania siguió un itinerario breve, pero denso en simbolismo y en esperanzas. El domingo de Emaús de 1993 ha quedado

escrito de modo indeleble en la historia de Europa. El trayecto de Tirana a Escútaris estaba previsto en helicóptero, el Santo Padre prefirió recorrer el centenar de kilómetros por una tortuosa carretera sembrada a derecha e izquierda de abandono, desolación y miles de montículos de cemento armado, los famosos «búnker» (más de 700,000) construidos para la defensa del territorio. Llegando a Escútaris, con el solemne rito de la consagración de los obispos, se inició la «re-fundación» de la Iglesia en Albania, la Iglesia crucificada, resucita a la plenitud de vida y de comunión apostólica. La jornada fue una conmemoración de los mártires que han hecho posible que perdure la fe en Albania. Europa y el mundo no deben olvidar los años de pasión del pueblo albanés; la recién restaurada catedral de Escútaris se levanta como bandera de la resurrección de Albania que vuelve a la oración, a la liturgia, al ejercicio de la caridad organizada y sistemática.

En los decenios posteriores a la segunda guerra mundial Albania se convirtió en un «láger», en un campo de concentración para tres millones de personas. Era una dictadura que parecía inexpugnable. Tanto el Papa como el presidente Sali Berisha señalaron dos factores positivos del paso de la dictadura a la democracia: el primero, que la salida del negro túnel ha sido de forma pacífica; el segundo, que ha sido de suma importancia el apoyo de Alemania y de Italia que con hombres y medios han contribuido a poner las bases para la reconstrucción cultural, moral, social y económica.

Al atardecer, de nuevo en Tirana, el pueblo en fiesta se reunió para despedir al Santo Padre, dándose cita en la plaza dedicada al patriota cristiano Scanderbeg (Príncipe Alejandro), el héroe que detuvo a los turcos (1443) y que fue honrado por los Papas como «Atleta de Cristo».

PABLO PÉREZ

Pablo VI: en camino a los altares

Fernando Pascual

UN joven sacerdote -apenas lleva dos años de ordenado- escribe a su familia las impresiones que le ha suscitado la muerte de Benedicto XV.

«Cómo es solemne y desastrosa la muerte vista en un Papa. Se tiene la impresión inconsciente de estar delante de una muerte simbólica, pues el más grande enigma humano, la muerte, viene a cubrir finalmente también al Pedro que se declara vencedor de la muerte y dueño y testimonio del más allá. Toda la multitud que pasa y contempla y no se sacia y parece querer espiar a través de los párpados cerrados algún rayo escondido del alba eterna: mira y piensa a lo lejos; ni siquiera reza, porque cree que la oración haya terminado en un triunfo. Pasa y ya no habla, casi como para no despertar al que duerme. Pedro, ¿por qué duermes?»¹

Son líneas entresacadas de la correspondencia a sus familiares de Giovanni Battista Montini, que reflejan ya una personalidad abierta, profunda y sensible ante los grandes misterios de la vida humana, una visión anhelante de los valores que no acaban.

¹ G. B. MONTINI, *Lettere ai familiari, 1919-1943*, I, 22 e 23 gennaio 1922 (fragmentos), Studium, Roma 1986, pp. 120-122.